

ENTRE FARINA Y REZETAS
(ENTRE HARINA Y RECETAS)

Nadie le había enseñado a cocinar, sin embargo era conocida por todos los habitantes del territorio gracias a sus deliciosos postres.

Vivía por y para sus recetas.

Era una moza de cabello castaño, recogido bajo una pañoleta blanca. Sus mejillas rosadas, grandes ojos verdes y su blanca tez; dulcificaban su retrato. Una belleza pura y limpia que le atribuía honroso parecido a su abuela materna; a la que no sólo debía unos rasgos delicados, sino también el origen de su pasión y dedicación. LA COCINA.

Su abuela Adela redactó una libreta compuesta de veinte exquisitas recetas con platos típicos de la tierra. Como era habitual por aquella época, Adela no sabía leer ni escribir, por ello le ayudó con la escritura de las recetas una prima suya que era religiosa y muy culta.

Pilarín estimaba mucho su libreta, pues era el único recuerdo de su abuelita Adela, quien falleció poco antes de que ella cumpliera dos años de edad.

Siendo tan sólo una niña, todo cuanto cocinaba resultaba delicioso.

Destacando sobre todo sus celestiales postres.

Su vida se narraba con dulces. Si había algo que celebrar, se celebraba con una ornamentada tarta. Si ocurría algún desagradable suceso, sus bollitos suavizaban la amargura del momento. Si venía una visita, Pilarín preparaba un esponjoso bizcocho casero para recibirla.

Pilarín contaba con una fortuna para su principal ocupación; y es que su casa se encontraba en el mismo camino del molino, a escasos cien metros de la harinera; de dónde obtenía una fina y sedosa harina para su repostería.

La harinera de las Navas trabajaba cada día del año. Era punto de referencia de Pilarín, y de todos los doscientos treinta y cinco vecinos que habitaban por aquel entonces tan apacible lugar.

La Puebla de Alfindén era zona de agricultura. Transcurría sosegada y amena cada jornada en sus campos y caminos.

Pilarín vivía con sus padres y sus cuatro hermanos. Era una familia humilde y muy trabajadora. Su padre junto a sus hermanos se ocupaban del campo y la cosecha. Su madre se dedicaba a cuidar del hogar. Cada mañana salía junto a Pilarín a por la leña para el horno. Eran las panaderas del término desde hacía poco más de un año. Ahora por fin habían decidido dar un paso más y vender repostería además del pan.

Ya entraba Diciembre. Pilarín y su madre Carmina, tenían mucho trabajo que hacer; pues sabían que esas navidades de 1.571 iban a tener muchos encargos de dulces navideños.

Comenzaba el año 1.572 con gran alegría en casa de la familia Baylo. El año agrícola había sido fructífero y el negocio de la repostería iba mejor de lo que podrían haber imaginado. Atendían encargos para celebraciones importantes de El Lugarico, Movera, Villamayor y incluso eventos en Zaragoza.

A mediados del siglo XVI era habitual que cada Domingo los carros y mulas de los trajineros hallasen en La Puebla de Alfindén un paraje donde pasar la noche en su largo camino hacia Barcelona.

Manuel era un joven trajinero que llevaba junto a sus hermanos cada mes, un gran cargamento de lana de Soria a Barcelona. Su lana era especial. Manuel tenía el sueño de convertir aquella materia prima en trajes e indumentaria, que cada viaje recreaba en su mente.

Una noche de Domingo de aquel verano de 1.572, en su habitual parada para dormir en La Puebla, Manuel tomaba unos vinos junto a sus hermanos y algunos conocidos lugareños. Esa noche la vida de Manuel tomaría hacia un nuevo camino tras aquella conversación.

Los lugareños comentaban que el próximo 22 de Noviembre iba a tener lugar en La Puebla el enlace de Isabel de Estadilla, de esclarecido linaje y Fernando de Arilla, caballero hidalgo originario del Serrablo.

Iba a ser un importante acontecimiento con una celebración de gran embergadura. Para la ocasión se buscaba un sastre que diseñara los trajes de los novios y de los más allegados parientes.

Manuel no lo pensó dos veces. A la mañana siguiente partían sus hermanos hacia Barcelona y él quedaba en La Puebla con un único y claro objetivo; convertirse en el sastre idóneo de Fernando e Isabel.

Lápiz y papel en mano, Manuel dibujó unos trajes que cautivaron de inmediato a los prometidos. En el mismo instante en que recibieron de mano del

mensajero unas creaciones de tan exclusivo diseño, así como los detalles de su lana; quedaron convencidos de haber encontrado el sastre para la ocasión.

Una nueva etapa se abría ante Manuel. Durante los siguientes meses se fue integrando en la zona. Arreglando prendas, limpiando zapatos y trabajando en el campo pasaba los días. Poco a poco iba dando forma a los trajes del enlace. No quedaba para él resquicio posible al aburrimiento.

Se acercaba la fecha del enlace. En casa Baylo el horno no cesaba. Carmina y Pilarín tenían un encargo de más de doscientos panecillos y una gran tarta nupcial que se servirían el día de la boda.

A final de año iban a reunir los suficientes dineros jaqueses (moneda de la época en La Puebla de Alfindén) por sus trabajos; como para comprar la herramienta que la familia necesitaba en el campo, una vez cumplidos los pagos de la harina y del arrendamiento de la casa al propietario de la harinera de Las Navas.

Además de los eventos, Pilarín y Carmina atendían a los vecinos que cada día acudían a por el pan. La mayoría eran mujeres del término. Mejor dicho, eran todas mujeres salvo el señor Jacobo. Un señor que cada mañana se acercaba a por el pan; y cada lunes compraba un dulce para su señora Juana.

Juana hacía unos meses había perdido a su bebé en el mismo momento del alumbramiento. Desde aquel fatídico día, la señora no quería ver la luz del sol. Únicamente salía a la iglesia a rezarle a Dios y pedirle que cuidara de su bebé allá en el cielo.

Por eso, su marido Jacobo, se encargaba de de todos los recados y cada semana llevaba un dulce a Juana, buscando una única sonrisa que nunca llegaba.

Más lejos de agradecerle sus cuidados, la pobre Juana llegó a perder el juicio. Tramó en su mente un terrorífico plan. Tenía un sentimiento de culpa por la pérdida del bebé. Imaginaba que Jacobo buscaría a otra mujer que pudiera proporcionarle descendencia y enloqueció de celos, pensando que Jacobo se había enamorado de Pilarín y por ello acudía a diario a comprarle el pan y un postre los lunes.

Juana se llenó de rabia. Ese primer lunes de Diciembre de 1.572 puso veneno en el dulce que Jacobo traía. Con este escalofriante suceso acabó con la vida de Jacobo al mismo tiempo que volaba como la pólvora la noticia de que las panaderas habían envenenado al buen señor.

Cundió el pánico. Tan sólo unos pocos vecinos seguían confiando en el horno de la casa Baylo, tomando el envenenamiento como algo ajeno a ellas.

Juana ataviada de luto llevó los trajes de su difunto esposo a la parroquia con el fin de destinarlos a la beneficencia. Manuel, el sastre de La Puebla, se encargaría de remendarlos y darles un repaso para poder ponerlos de nuevo en uso. Serían repartidos a gente necesitada durante las fechas navideñas.

Entre la ropa de Jacobo se había colado un mandil de Juana. En el momento que Manuel fue a separarlo del resto de prendas y llevarlo al párroco; de su bolsillo cayó un pequeño frasco vacío. No contenía nada. Manuel lo recogió del suelo. Observó la etiqueta con detenimiento.

Entonces descubrió que el contenido de aquel frasco era lo que había envenenado y acabado con la vida del buen Jacobo. De esta manera, acabó la calumnia del envenenamiento de las panaderas. Toda la verdad salió a la luz.

Aquellas que presagiaban ser unas tristes Navidades en casa Baylo, fueron sin embargo el relanzamiento de la panadería. El horno volvería a dorar panecillos y hogazas. La harina y las recetas inundarían la cocina de Carmina y Pilarín de nuevo. Moldearían pastas, tortas, bizcochos, rosquillas. Postres que llegarían a la mesa de cada una de las familias de La Puebla de Alfindén para celebrar aquella Nochebuena.

Pilarín caminó cabizbaja hasta la harinera. Los trabajadores de Las Navas ya conocían toda la verdad de lo ocurrido. Pusieron al corriente a Pilarín, quien con lágrimas de alegría en los ojos corrió a buscar a su madre que venía de camino con la leña. Madre e hija se abrazaron. Juntas lloraron de alegría.

A la hora de comer prepararon un rico asado y una tarta de uvas. Había que celebrar que se hubiera hecho justicia. Ya quedaba limpia la honra de los Baylo. En la mesa todos estaban de acuerdo en agradecer a Manuel por aclarar semejante embrollo. Gracias al joven sastre, quien no dudó en difundir la verdad haciendo lo correcto, brindaban ese día.

“La primavera la sangre altera”

Pilarín no había topado con el joven sastre. Pese a ser poco más de doscientos vecinos en La Puebla. Pese a la gran actividad del sastre por la zona desde que llegó en verano para quedarse. Sus caminos no se habían cruzado hasta entonces. Habían oído hablar uno del otro, y el azar los unía en una misma historia, pero no habían visto el rostro del otro.

La joven preparó una bolsita con doce grandes y sabrosas magdalenas, recubiertas por una brillante capa de chocolate con leche. Las llevó hasta casa del párroco y le dejó el recado de entregarlas a Manuel, además de transmitirle su invitación para comer con la familia Baylo el siguiente domingo.

Ese domingo además de un delicioso rancho y una amena conversación; Manuel y la familia Baylo compartieron anécdotas, risas y opiniones. Dentro de una sobremesa tan agradable, Manuel y Pilarín cruzaron en algunas ocasiones sus miradas; y un brillo especial afloraba en sus ojos.

Ambos eran jóvenes, apuestos y de buen corazón. Después de ese domingo Manuel siempre encontraba un motivo para regresar a ver a Pilarín. Pasaba a buscar el pan para él y algunas vecinas cuando no podían; la acompañaba al molino a por la harina, otros días a por leña, otros simplemente pasaba por allí.

Casi sin darse cuenta, llegó el momento en que se encontraban tan a gusto el uno con el otro, que no podían pasar ni un solo día sin verse y saber que tal estaban.

Tres meses más tarde, al acabar la primavera, Pilarín y Manuel daban un paseo por las afueras de La Puebla de Alfindén, lejos de miradas curiosas; cuando él la sorprendió acariciando su mano. La miró fijamente y se dieron un casto beso. Era el principio de una verdadera relación, que les uniría para siempre.

Y así es como Pilarín escribió la receta de su vida. Una vida entre harina y recetas, que casi truncó un bocado mortal, pero concluyó con un dulce final. Un final para dos tejido por Manuel en La Puebla de Alfindén.